

Jesús les dijo a los fariseos:

«Yo soy el buen pastor.

Yo doy la vida por mis ovejas».

El Señor es mi pastor: nada me falta;

en verdes pastos él me hace reposar.

A las aguas de descanso me conduce,
y reconforta mi alma.

Por el camino del bueno me dirige,
por amor de su nombre.

Aunque pase por quebradas oscuras,

no temo ningún mal,

porque tú estás conmigo

con tu vara y tu bastón,

y al verlas voy sin miedo.

La mesa has preparado para mí

frente a mis adversarios,

con aceites perfumas mi cabeza

y rellenas mi copa.

Irán conmigo la dicha y tu favor

mientras dure mi vida,

mi mansión será la casa del Señor

por largos, largos días.

Nunca olvidaré las palabras de una hermana mayor de mi madre en 1956 (mil novecientos cincuenta y seis). La tía Hallie estaba casada con un hombre mayor de edad, quien, como aprendimos más tarde, ya estaba mostrando los signos de una demencia. Cuando la tía Hallie fue diagnosticada con cáncer de etapa avanzada, mi tío la maneja a un hospital en Minneapolis, a cientos de millas de su casa y a cientos de millas de cualquiera de su familia o amigos y regresó a su casa. Como nos dijo la tía Hallie más tarde, allí ella estaba, totalmente sola, en un extraño hospital en una ciudad extraña. Ella había enseñado la educación religiosa a los niños durante muchos años, pero nos dijo que las únicas palabras que llegaron a ella cuando estaba rodado en la cirugía, consiente que ella no podría sobrevivir, fueron las palabras que yo cité, «El señor es mi pastor: nada me falta.

Hubo un tiempo en el cual muchos de nosotros vivíamos en la presencia del nacimiento y la muerte. Nací en la casa de mis padres. Cuando los miembros de mi familia murieron, murieron en la casa y la vigilia se celebró en casa. La gente vivía en las oscuras de accidentes debilitantes, de la enfermedad, de los temores y de pérdidas de diversos tipos,

y finalmente de la muerte; por muchos de nosotros, incluso la mayoría de nosotros, sabían que el oscuro estaba bloqueando, sólo por un tiempo, la luz de Jesucristo, nuestro Señor, porque crecimos con la familia y los amigos que compartieron nuestra fe. Todos nosotros sabíamos que debemos pasar por quebradas oscuras en nuestro viaje de la vida. Pero también sabíamos que Dios y nuestra familia y amigos, tanto vivos como difuntos, estaban orando por nosotros y con nosotros. Yo no sé cómo una persona puede enfrentar la vida o la muerte sin fe en un Dios amoroso y compasivo.

Ahora, nosotros estamos tantos separados de la quebrada como bombardeados por ella. Estamos separados personalmente en que la mayoría de nosotros viven y crían a nuestras familias distantes de nuestro lugar de nacimiento. La mayoría de los bebés nacen en un hospital; la mayoría de las personas mueren en el hospital o en una residencia de ancianos. Por lo tanto, nosotros tenemos no conexión inmediata con el nacimiento y la muerte; sin embargo, los diarios, la televisión, y la radio diariamente reportan horribles condiciones de personas en todo el mundo, pero es impersonal y generalmente no toca nuestros corazones. Cuando sí experimentamos la quebrada, sentimos como si tenemos que soportarlo solo, como hizo mi tía, aunque tengamos un cónyuge o los hijos alrededor de nosotros.

Por lo tanto, es más todavía importante que nosotros nos aliamos aquí, una comunidad de fe, orando a nuestro Señor con nuestros hermanos y hermanas en Cristo, escuchando su palabra y consumiendo su cuerpo y sangre para que sentamos la unidad y el amor mutuo de hermanos y hermanas. Es importante para nosotros que compartamos nuestras vidas y nuestra fe para que, cuando pasamos por quebradas oscuras, nosotros automáticamente confiemos en nuestro Dios y en la comunidad de fe, tanto de aquellos que viven en la tierra y aquellos que ahora son con Cristo.

Otro evento nunca olvidaré es la primera vez que recibí la radiación para el cáncer de la próstata. Me quité toda la ropa, fui colocado en un molde, y fui dado una toalla facial para cubrir mis partes privadas. Entonces las enfermeras salieron de la habitación, y me quedé, esperando. De repente me oí silenciosamente gritar, «¡Madre! . . . Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Señor es contigo. /Bendita tú eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús. /Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. /Amen.» Sin fe en un Dios amoroso y en las oraciones de todos aquellos que nos aman, ¿cómo podemos enfrentar la vida o la muerte?

Jesús les dijo a los fariseos:

«Yo soy el buen pastor.

El Señor es mi pastor